

COMO UN ÁRBOL



En el invierno, un árbol ha perdido sus hojas, sus ramas están desnudas y el árbol casi parece estar durmiendo. De hecho, el árbol está en su sueño invernal para sobrevivir a las tormentas del período frío.

La savia, la vida misma del árbol, se ha escondido en las raíces del árbol debajo de la línea de congelación para preservar el árbol durante los meses fríos e invernales.



A lo largo de las tormentas de invierno, las partes débiles o podridas del árbol se desprenden. Esto permite que el árbol siga dirigiendo su savia hacia las partes sanas para que pueda mantenerse fuerte. Las ramas viejas y podridas salen volando y dejan espacio a las nuevas.

Cuando llega la primavera y se calientan el suelo y el clima, la savia comienza a fluir hacia arriba desde las raíces.





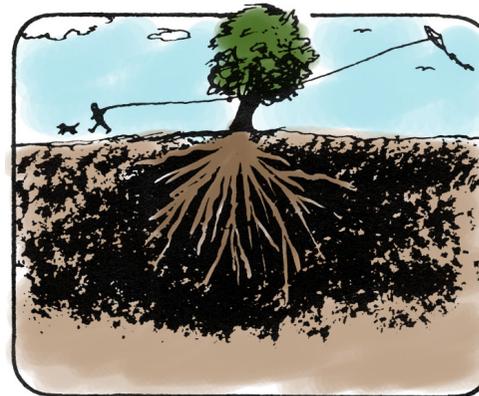
Con el calor, la savia fluye más libremente por todo el árbol, dando vida a las ramas una vez más. Incluso si no queda nada más que lo que parece un tocón muerto, de repente puede comenzar a brotar.

La savia empuja las nuevas hojas y las flores hacia arriba y hacia la luz y el aire fresco, donde pueden producir más hojas, flores, frutos y ramas para embellecer el árbol y dar más fruto para otra cosecha.



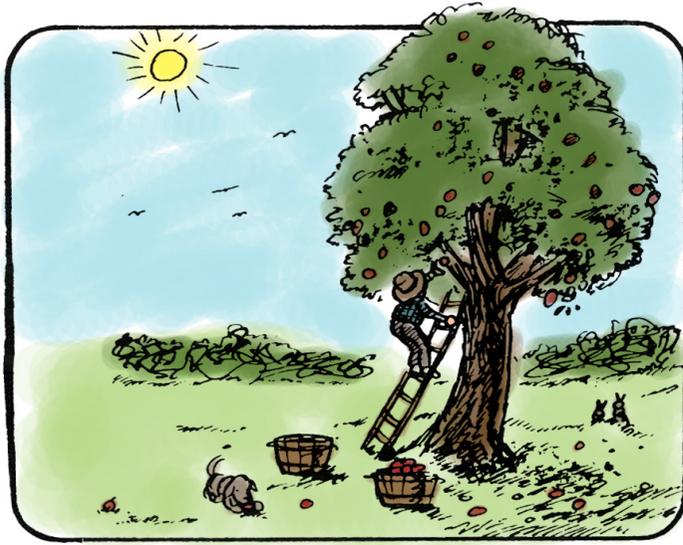
Las abejas, particularmente con algunos árboles, ayudan a polinizar las flores, ayudándolas a producir fruta.

El árbol tiene que estar en un terreno bueno y fértil, ser regado adecuadamente y nutrirse de los nutrientes de la tierra que absorbe a través de su gran sistema de raíces subterráneas.



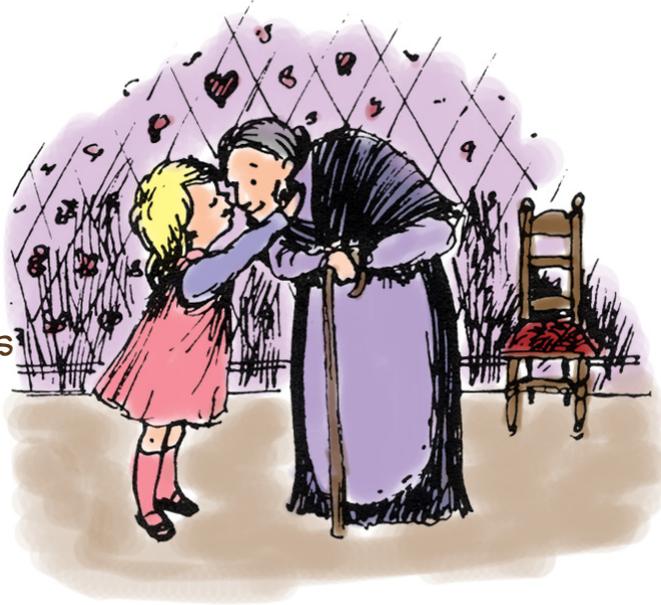
El sistema de raíces subterráneas va en todas las direcciones, a veces por grandes distancias y algunas muy profundas en el suelo para buscar agua y alimento para el árbol.

Jesús les dijo a Sus discípulos que Él era como un árbol y que los que creen en Él son como las ramas¹. Cuando la Palabra de Dios y el Espíritu de Dios fluyen a través de nosotros, somos fuertes y damos fruto.



¹ V. Juan 15:1-8.

Nuestra vida da fruto cuando somos un ejemplo del amor y el espíritu de Dios en nosotros. Cuando actuamos con amabilidad y generosidad, reflejamos la bondad de Dios en nosotros. Permitimos que la luz de la Palabra de Dios nos guíe para ser más como Jesús.



Por pequeños que seamos, el espíritu de Dios puede formar parte de nosotros y ayudarnos a dar fruto y ser una bendición para los demás. Nuestro espíritu se fortalece cuando pasamos tiempo con Jesús, leyendo la Palabra de Dios y pensando en Jesús.



Podemos ser como un árbol que crece fuerte y saludable. Cuando dejamos que el Espíritu y el amor de Dios sean parte de lo que somos, nuestra vida le brinda felicidad a Dios y a los demás.

«Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los malvados, ni se detiene en la senda de los pecadores ni cultiva la amistad de los blasfemos, sino que en la ley del Señor se deleita, y día y noche medita en ella. Es como el árbol plantado a la orilla de un río que, cuando llega su tiempo, da fruto y sus hojas jamás se marchitan. ¡Todo cuanto hace prospera!» (Salmo 1:1-3, NVI.)